

tamente su curiosidad. Esta clase de ceremonias son siempre públicas.

El Prelado estaba vestido de medio pontifical; tenía á su lado cuatro asistentes, un maestro de ceremonias y dos ó tres acólitos. A poco entró el reo vestido de sotana, con las manos atadas atrás, y con una cuerda á cada uno de sus pies; firme, como siempre, con una serenidad inconcebible, brutal, dirigió una mirada investigadora á todos los circunstantes y al público que se le presentaba por el balcón. Todos se sentían afectados en aquel momento menos él; todos se estremecían ante la proximidad de un espectáculo repugnante menos él, que esperó tranquilo y sin que su semblante sufriera la más ligera contracción, á que se le dieran órdenes.—“Tiene usted que vestirse”, le dijeron, señalándole los ornamentos colocados en la mesa de un altar improvisado donde había un crucifijo con dos velas.—“Y ¿cómo?” respondió él, ¿con las manos atadas?” Entonces le desataron y empezó á vestirse con calma, con aplomo, sin irreverencia, antes bien murmurando, al parecer, las oraciones que al ponerse las sagradas vestiduras rezan los sacerdotes. Los acólitos le ayudaban, y como uno de ellos fuera á ponerle el manipulo en el brazo derecho, le dijo sin alterarse:—“al brazo izquierdo.”—El reo tenía mas dominio sobre sí mismo que cuantos le rodeaban. Se acabó de vestir y le mandaron ponerse de rodillas; pero habiéndose hincado un poco distante del Obispo que se había colocado en la silla que le estaba preparada, se le dijo que se acercase, y habiéndolo hecho con extraña rapidez arrastrándose sobre sus rodillas, puso en alarma al venerable Prelado, que se levantó instantáneamente, y á todos los demas que ocupaban la sala, por lo cual el Gobernador de la provincia creyó conveniente colocarse á uno de sus lados y el Alcalde al otro. No debía, sin embargo, estar animado de miras hostiles, porque se quedó tranquilo, sin que le preocuparan siquiera las precauciones que se habían tomado. Al hincarse de rodillas dirigió mas cuidadosamente la vista al público que llenaba la plazuela, y entonces, con la misma sangre fría que había manifestado desde un principio, preguntó á los que le rodeaban:—“¿Hay alguna Rúbrica que disponga que estos actos se celebren á la luz del día y con los balcones abiertos? No le respondió nadie, y manifestó su resignación con un encojimiento de hombros.

Procedióse al fin á la degradación: se puso en manos del reo un cáliz que se le arrancó luego, y otro tanto se hizo con una cruz y un candelero, en medio de las imprecaciones y anatemas de la Iglesia, que conmueven y espantan al hombre mas incrédulo, con tal que tenga algo de sensibilidad. Los maldiciones de el oído menos escrupuloso; pero las maldiciones de la Iglesia, dichas por la autorizada y respetable boca de un Prelado, en medio de una solemnidad y un aparato, de suyo imponentes, causan una impresión profunda y dolorosa en el ánimo mas valeroso. Pero el cura rejicida las oía sin pena ni sobresalto, también sin enfado, sin indignación, con bárbara y sacrilega indiferencia. Y no puede decirse que no las entendía, porque Merino estaba versado en el latín; y no puede decirse que no las escuchaba, porque estaba atento á todo lo que pasaba á su alrededor.

El carácter de este hombre, su organización, son una cosa especialísima: nosotros hemos visto criminales arrojados que han hecho alarde de valor en acciones insolentes para ocultar su agitación interior: hemos visto en hombres avezados al crimen una serenidad desmentida por la frecuencia de su pulso; una sonrisa que es la forzada contracción de los músculos de su semblante; pero no hemos visto, ni podíamos concebir, esa completa impassibilidad, que es verdadera, porque es consecuente, porque no se desmiente nunca, porque se revela en todas sus acciones, porque no hace alardes ni busca aplausos. Perdónese nos esta digresión; pero no podemos menos de decir aquí, que en el rejicida no hemos visto ni furor, ni alegría, ni siquiera impaciencia; no hemos visto mas que la negación de todas las pasiones. Es verdaderamente un monstruo; pero un monstruo insensible: solo él pudo permanecer indiferente al oír los anatemas que se hacían caer sobre su frente, invocando al Ser Supremo.—Pero sigamos en nuestra reseña.

Después de arrancar de las manos del criminal los sagrados objetos que se pusieron en ellas, se le fué despojando de las vestiduras sacerdotales, propias de las divinas órdenes sagradas, empezando por las del presbiterado y concluyendo por las de la prima tonsura, siempre con las terribles é imponentes imprecaciones de que hemos hablado ya. Aquí recordamos nuevas circunstancias que prueban la imperturbabilidad con que sufría la gravísima pena de la degradación el ex-fratle Merino. Al quitarle la casulla, se le descompusieron un poco los cabellos, que él se arregló en seguida con la mayor calma, y al ponerle la sobrepelliz, símbolo de la prima tonsura, observó que no era de primera clase: él procedía como si estuviera en su casa en medio de sus criados, y ocupado en la acción mas indiferente de su vida. Repetimos, que no veíamos allí, alardes de insolencia, sino la frialdad, que á nuestros ojos es todavía mas repugnante, por-

que los alardes insolentes prueban que el ánimo no está tranquilo.

Despojado ya de sus vestiduras, y hasta de la sotana, se le rasparon las manos, y un barbero le cortó los cabellos: entonces como se había quedado en chaqueta, sin ningun abrigo y la sombra daba en la fachada del edificio, dijo con la impassibilidad de siempre; “despachemos, que me voy quedando frio.”—Frios, y no poco, estaban los que le oían, no por la temperatura de la habitación, sino por la brutal impassibilidad de quien tantos motivos tenia para estar afectado. Nos olvidábamos de decir que cuando el público de la calle vió que la degradación iba á terminar, prorumpió en un viva la Reina que llamó la atención del sacerdote degradado, y le inspiró estas palabras, que dijo también sin movimiento de ira:—“Pero ¿por qué no cierran ese balcón? no lo digo por mí, sino por la solemnidad del acto.” Y hé aqui cómo este hombre no busca la ostentación ni la celebridad, sino que obra como quien tiene frio el corazón, ó por mejor decir, como quien no lo tiene.—Otro viva! resonó también dentro del edificio, pero por esta vez nada tuvo que decir el ex-presbitero rejicida.

Faltaba todavía lo mas terrible, lo mas imponente del acto, no para el reo, á quien nada le imponía, sino para el venerable Prelado, que flaqueaba bajo el peso de tantas emociones, y para los que le acompañaban, que no estaban menos afectados; faltaba el acto de entregar el eclesiástico degradado al brazo secular, que se verificó, como es de costumbre, pronunciando el Prelado una plática sentida, que acabó de afectarlo, y que conmovió, mas de lo que estaban, á los circunstantes; las lágrimas se desprendían de los ojos del respetable Sr. Cascallana; los que le escuchaban apenas podían contener las suyas, y todo era allí emociones y sentimiento; era un espectáculo desgarrador, era un cuadro triste; pero había una sola cosa que lo desentonaba, y era la constante frialdad del hombre que mas debiera haber sentido. Solo él no sufrió; solo él tenía los ojos enjutos; solo él tenía el semblante sereno; solo él tenía el ánimo tranquilo; solo él no sentía frecuentes las palpitaciones del corazón, y solo él pudo convertir el dolor y el sentimiento en noble y severa indignación. Pero ¿qué mucho? Ese hombre no tiene idea ninguna de moral ni de religión; para él, segun hemos oído á personas que le han hablado, el hombre no es mas que una planta que nace, crece y muere como todos los seres de la naturaleza, sin que después de esta vida tengan premio ó castigo sus acciones. Como la hoja cae del árbol marchita, así cae la existencia del hombre cuando está marchita también: como es ateo en religión es ateo en política: segun él, las formas de gobierno no son nada, las personas que gobiernan son el todo; así lo tiene consignado en sus declaraciones; qué doctrinas políticas podrán, pues, atribuirsele? Así como hemos dicho que en él no hemos encontrado mas que la negación de todas las pasiones, diremos también que nos parece la negación de toda idea moral, religiosa y política.

Y sin embargo, este hombre, segun nos han informado, ha dicho que pudo hacer mas de lo que hizo, pero que al cometer su crimen se sintió cobarde. ¿Y no se ha convencido, si esto es cierto, de que la Providencia fué la que detuvo su brazo? En ese momento de cobardía, si es que la cobardía existió, vemos nosotros la lucha del espíritu con la materia, vemos la racionalidad triunfando de los instintos brutales, vemos, lo repetimos, la Providencia. Si este hombre no fuese ciego, habría ya visto la luz; si tuviera un resto de sensibilidad, se habría ya conmovido, y empezado á sentir un saludable arrepentimiento, que si en esta vida no le serviría, aunque él no lo crea, en la otra.

Nos olvidábamos de que teníamos que concluir, y concluiremos con otros rasgos de los que caracterizan al rejicida Merino. Se le mandó hincar de nuevo de rodillas para leerle la sentencia, y obedeció; pero habiendo notado uno de los presentes que no debía leerse allí:—“¿quién nos preguntó él: pues vamos?” y se dejó conducir á la capilla, en cuya puerta le fué leída la sentencia, y firmó la notificación, colocando sobre un libro el papel, y con pulso seguro, para dar la última prueba de su serenidad.

**El reo en la Capilla.**

El rejicida, que por la mañana en su calabozo se había manifestado insultante é irascible hasta el extremo de querer en un arrebato, acometer al alcaide, el cual, para contenerlo tuvo que tratarlo con energía y aun dureza, no había querido tomar otro alimento que una taza de caldo y unos bizcochos: después, en la imponente ceremonia de la degradación, hizo, como hemos visto, alarde de una impassibilidad horrenda, que aterró á cuantos la presenciaron, y luego, al entrar en la capilla, ceremonia que se verificó á las tres de la tarde, quedó sereno largo rato, con la calma que habitualmente se le ha visto desde el momento de su prisión.

En la capilla le han acompañado desde el primer momento dos sacerdotes, con los cuales ha conferenciado tranquilo sobre las materias que le han propuesto; discutiendo en algunos puntos como si se hallara en una academia.

Después de algun tiempo de hallarse en la capilla, manifestó su deseo de hacer testamento, á cuyo efecto se avisó á un escribano, el cual se presentó con otros tres de su misma clase que sirvieron de testigos al otorgamiento de dicho instrumento. La última voluntad del reo, consignada en él, ha sido, que se cumplan las instrucciones que verbalmente tiene comunicadas al Excmo. Sr. D. Lorenzo Arrazola, Presidente del Supremo Tribunal de Justicia, y que lo que reste de su caudal, después de cumplidos dichos encargos, se entregue á su criada, Dominga Castellanos, á la cual instituye por su única y universal heredera.

Esta se halla también presa é incomunicada en la misma cárcel del Saladero.

Parece, segun hemos oído, que el reo había manifestado al referido Sr. Arrazola, el punto donde tenia en su casa la cantidad de sesenta onzas de oro, las cuales fueron en efecto encontradas.

Hasta anoche, á la hora avanzada, no había ofrecido el rejicida en la capilla ninguna otra novedad notable. Conservaba inalterable su serenidad, y á las exhortaciones de los sacerdotes, se había manifestado dispuesto á cumplir con los deberes de cristiano.

El Sr. Gobernador de esta provincia le había visitado ayer varias veces.

La ejecución se verificará mañana á la una, segun orden espresa, es decir, á la misma hora en que el rejicida cometió el espantoso crimen.

**Arrepentimiento del Regicida.**

Leemos en *La España* del 7:

Al lucir el día en que el rejicida debe satisfacer la vindicta humana, recibiendo la muerte en un patibulo, debemos apartar la vista del horrendo crimen, que á tan triste término le ha conducido, para no ver en él mas que á un desgraciado que dentro de pocas horas habrá comparecido ante el Supremo Juez, cuyos fallos dan ó niegan la vida por toda la eternidad. El sensato público de Madrid seguirá sin duda nuestra misma conducta; comprendiendo cuán solemnes y dignos de respeto son los últimos momentos de ayer en la capilla que vamos á publicar. Servirán indudablemente para inspirar al pueblo madrileño en favor del criminal, esa cristiana caridad que la Iglesia católica impone como un precepto á todos sus hijos. Cábenos una gran satisfacción al decir á nuestros lectores que Don Martin Merino ha cesado de ser el peador impenitente cuyos actos y palabras han dado tanto asunto al escándalo universal, durante los últimos dias: el rejicida ha vuelto con una sinceridad y contrición impensada, presentándose ayer tarde ante el tribunal de la penitencia, y recibiendo la comunión por la noche.

Los pormenores que serian necesarios para explicar de qué manera y por medio de qué esfuerzos ha conseguido la religión semejante triunfo sobre un alma al parecer tan empedernida, requerirían mas calma y mas espacio de lo que hoy tenemos para ser debidamente referidos. *La España* dará dentro de muy breves dias una relacion tan detenida como es menester, de este suceso que, por muchas de sus circunstancias, puede llamarse verdaderamente providencial.

Hé aqui entretanto las noticias que podemos adelantar para satisfacer la justa curiosidad del público.

El jóven presbitero D. Francisco Puig y Esteve, bien conocido de los lectores de *La España*, de la cual es uno de los mas constantes colaboradores, se dirigió ayer á las siete de la mañana á la cárcel del Saladero; y sin ningun propósito deliberado, entró en el calabozo donde se hallaba el reo.

El eclesiástico que asistía á este se levantó en aquel momento y pidió al Sr. Puig que se quedase allí, mientras él iba á celebrar el santo sacrificio.

A esta circunstancia accidental se debió el que el Sr. Puig y Esteve pudiera entablar con el preso la conversacion mas interesante tal vez que han oido jamás las paredes de un calabozo.

Merino se hallaba, tendido en el suelo sobre dos colchones, presentando el mismo aspecto de indiferencia y serenidad terribles que había ofrecido desde el instante de su prisión. Al lado suyo se colocó en una silla nuestro jóven amigo.

Una exclamación que el reo no quiso fuese atribuida por su interlocutor á debilidad de espíritu, le hizo pronunciar las siguientes palabras:

“Todos los que sepan mi situación, me tendrán hoy lástima, y sin embargo no me cambiaria por ninguno; soy el mas feliz del universo.”

Y habiéndose adherido el Sr. Puig á esta respuesta, en el único sentido en que la religión podía aceptarla, el reo contestó con algunos movimientos negativos de cabeza.

Bajo semejantes auspicios comenzó el diálogo de tres horas que había de producir la conversión de un impenitente. Comprendió nuestro amigo que la organización y el carácter de la persona que le hablaba exijian un modo muy particular y meditado para hacerle oír la palabra de Dios, si esto había de ser con algun fruto.

No enumeraremos todos los esfuerzos del Sr. Puig, ni describiremos la presencia de ánimo que habó in-